

El pensamiento económico español a través de la historia

José Luis Malo Guillén

Bajo la dirección de Enrique Fuentes Quintana, acaban de aparecer los primeros tomos de *Economía y economistas españoles*, el producto editorial de un proyecto que se ha fraguado durante los últimos diez años. Aunque el título pueda resultar equívoco, los ocho volúmenes que componen la obra constituyen la primera historia del pensamiento económico español, desde la época musulmana hasta la actualidad. Es la primera porque los valiosos precedentes que se encuentran en los escritos de los profesores Lucas Beltrán y Fabián Estapé no dejaban de ser historias generales de la disciplina repletas de referencias a las circunstancias españolas. El desarrollo de la historia del pensamiento económico había propiciado la publicación de numerosas monografías sobre autores y temas específicos, así como la reedición de textos clásicos, pero faltaba una obra básica que viniera a sistematizar y dar coherencia a todas estas aportaciones aisladas. No es un tópico, por tanto, proclamar que *Economía y economistas españoles* es una colección imprescindible para lectores e investigadores interesados en la materia. Hasta ahora, era posible disponer de libros especializados en el mercantilismo o el pensamiento económico clásico, pero no acerca de la recepción de estas tendencias en España, por lo menos a un nivel superior al elemental. No satisfecho con colmar esta laguna intelectual, Fuentes Quintana, apoyado por un amplio equipo de dirección compuesto por los principales especialistas en la disciplina, se ha propuesto plasmar el estado

actual de las investigaciones en todas y cada una de las etapas consideradas. Para ello ha contado con la colaboración de más de ciento cincuenta autores, incluyendo a los principales economistas del país, en una amplia nómina sobre la que no es sencillo detectar ausencia relevante alguna.

A la luz de lo ya aparecido, los ocho tomos, que cuentan con una digna presentación y una considerable extensión, mantienen una estructura similar. Para cada periodo histórico, un especialista ha elaborado un estudio introductorio en el que, además de presentar y dar coherencia a las distintas colaboraciones,

se realiza una valoración de conjunto acerca de la literatura sobre la materia, el desarrollo de los conocimientos económicos durante esa etapa y su aplicación a la realidad española. A modo de complemento, un historiador de la economía se ha encargado de describir el contexto socioeconómico en el que se desarrollaron los autores comentados. Sumamente variados son los artículos insertos en cada tomo, si bien pueden distinguirse tres tipologías predominantes. En su mayor parte, se trata de trabajos monográficos sobre un economista relevante, o bien sobre varios, agrupados en tendencias

de pensamiento o por áreas geográficas. En otras ocasiones, se han repasado las doctrinas de la época sobre alguna materia específica, como la hacendística o la comercial. Por último, resultan de especial interés aquellas colaboraciones que versan sobre la difusión en España de algún autor o corriente de pensamiento extranjera, por cuanto permiten extraer las líneas fundamentales de transmisión internacionales de las doctrinas económicas. Cada volumen incluye un álbum ilustrado con retratos y pinturas de la época en el que se resume el contenido. Se ha prometido para el final de la obra la entrega de un índice analítico completo, de enorme utilidad en una obra de semejantes proporciones.

Enrique Fuentes Quintana
director

ECONOMÍA Y ECONOMISTAS
ESPAÑOLES

Una introducción
al pensamiento
económico



Enrique Fuentes Quintana
(director),

*Economía y
economistas españoles,*
vol. 1: 678 pp.; vol. 2: 667 pp.;
vol. 3: 799 pp., Círculo de
Lectores, Barcelona, 1999-2000

La principal aportación de *Economía y economistas españoles* ya ha sido mencionada. Esta obra representa no sólo la consolidación de una disciplina, la historia del pensamiento económico español, que ha experimentado un impresionante avance en las últimas décadas, sino que también constituye el punto de partida para nuevas y fecundas investigaciones, que ahora cuentan con un firme asidero en el que apoyarse. Pero además, la forma en que se ejecutó este proyecto ha brindado otras felices innovaciones al panorama intelectual. Por un lado, los estudios introductorios resultan trabajos de una calidad considerable, por cuanto presentan una síntesis interpretativa excepcional de cada una de las etapas históricas, de la que apenas existían precedentes en la literatura. Por otro, un aceptable número de las colaboraciones incluidas son artículos originales, escritos expresamente para la colección, que han incrementado el conocimiento acerca de muchos de los economistas españoles del pasado. Aunque el resto son reproducciones de trabajos ya impresos, tampoco debe menospreciarse esta labor de recopilación, pues a causa de la dificultad de su acceso o de su dispersión, así mismo resultaba conveniente la reedición. Es verdad que en algún supuesto de relativa antigüedad se echa en falta un esfuerzo para actualizar los contenidos, pero ello no invalida el interés de la obra en su conjunto.

Como en todo proyecto colectivo, el nivel general peca de irregularidad, por cuanto pueden contemplarse notas meramente divulgativas al lado de ensayos de una profundidad críptica. Sin embargo, el profesor Fuentes Quintana alega en su extensa introducción que *Economía y economistas españoles* ha seguido de cerca el estado de la disciplina, por lo que ha bebido de sus notables avances, pero también ha compartido sus deficiencias. Aquellas materias que carecen de un grado suficiente de investigación han recibido un tratamiento ostensiblemente mejorable, sin que ello sea directamente achacable a la obra. A pesar de que más de la mitad de la colección no ha visto

todavía la luz, los tres tomos publicados permiten formarse una idea aproximada y sumamente atractiva del conjunto, que creemos que no defraudará a los lectores interesados.

El primer volumen escapa a esta estructura típica. Si no se tuviera en cuenta que ésta es una obra de proporciones descomunales, resultaría incomprensible que la introducción ocupara todo un volumen extenso. Sin embargo, y a pesar de su título, el ensayo introductorio del director de la colección tiene un carácter distinto. Allí se explican la génesis y naturaleza del proyecto, los principios metodológicos seguidos en la obra, la delimitación y transcendencia del pensamiento económico español y los principales contenidos de cada uno de los tomos, pero hay algo todavía más importante. Lo que de verdad expone el profesor Fuentes Quintana, haciendo gala de su conocida habilidad pedagógica, es un relato coherente y sistemático de la evolución histórica del pensamiento económico español hasta la actualidad, yendo más allá de la necesaria periodificación de la obra. El lector puede así contemplar de una manera explícita cuáles fueron las épocas en que España contribuyó al desarrollo teórico de la disciplina, en qué periodos se siguieron las principales innovaciones elaboradas en el extranjero o bien hubo una significativa interrupción en el proceso de recepción de las doctrinas foráneas, y en qué medida las recomendaciones de los economistas españoles fueron aplicadas a la transformación de las estructuras socioeconómicas del país en un sentido favorable al desarrollo nacional.

Fuentes Quintana ha organizado su exposición de acuerdo a tres grandes interrogantes: ¿desde cuándo debe iniciarse la historia del pensamiento económico español y hasta cuándo debe seguirse?; ¿cómo contar esa historia?; y ¿por qué contarla? Es la primera sección la que contiene el mencionado esquema histórico de la evolución de la disciplina, en una narración que mezcla el resumen de las colaboraciones insertas en los restantes volúmenes con la valoración global de cada periodo y su conexión con los inmediatamente ante-

riores y posteriores. El resultado, sin embargo, no consiste tanto en una presentación editorial de la colección, sino en un ensayo original a través del cual el profesor Fuentes Quintana aporta su percepción del desarrollo de la economía en España. De ahí su especial incidencia en las contribuciones analíticas realizadas por los doctores de la Escuela de Salamanca, en la figura de Jovellanos como prototipo del economista capaz de inspirar sus planes de reforma en el mejor pensamiento extranjero coetáneo, o en la transcendencia de la creación en 1943 de la primera Facultad de Ciencias Económicas. Es posible que buena parte de los lectores, principalmente aquéllos menos cercanos a la disciplina, hubiera preferido una mayor concreción en el esquema, reservando la profundidad de análisis para los estudios específicos posteriores. A cambio, el investigador dispone de una rigurosa presentación de las corrientes y autores más relevantes, que anticipa lo que podrá encontrarse en el futuro.

La pregunta de cómo contar la historia del pensamiento económico español hace referencia al enfoque metodológico elegido por la publicación, de entre las opciones que el profesor Luis Perdices ha expuesto en este mismo volumen. El enfoque adecuado, según reconoce explícitamente el director, es la historia nacional del pensamiento económico, en la que, más que prestar atención a la innovación científica, lo que se estudia es «el proceso de difusión internacional del análisis económico, de las doctrinas y las ideas económicas, del modo en que son objeto de elección y análisis, así como las formas que ha revestido su incorporación y aplicación en un país determinado». Ernest Lluch y el portugués José Luis Cardoso, dos de los principales teóricos de esta reciente alternativa a la historiografía tradicional, exponen en la segunda parte del volumen los objetivos y perspectivas que se persiguen tras el análisis de la circulación de las ideas económicas en un país determinado. Lejos de reducirse a la búsqueda de precursores perdidos de los grandes economistas extranjeros o a una reivindicación

acrítica y folklórica de lo propio, la historia nacional abre el camino a una mejor comprensión del proceso de creación científica y de sus contribuciones al desarrollo económico y social de España.

Aunque la tercera pregunta habría quedado así parcialmente contestada, el profesor Fuentes Quintana cierra su ensayo introductorio replanteándose por qué contar esta historia; es decir, cuál es la utilidad tanto de la historia del pensamiento económico en general, como del español en particular. Para los lectores interesados, que no tiene que tratarse exclusivamente de historiadores o economistas, puede resultar un intento de justificar lo obvio. No obstante, conserva un claro interés contemplar qué es lo que ha pretendido realizar el equipo de dirección y con qué va a encontrarse el público a lo largo de esos extensos ocho tomos. La respuesta suena tajante, sin conceder resquicio a la indefinición. Por un lado, España ha contribuido decisivamente al desarrollo teórico de la ciencia económica, si bien en épocas remotas. En segundo lugar, el pensamiento económico internacional ha circulado sin aparentes retrasos durante muchas etapas de nuestra historia, merced a la labor aislada de intelectuales y políticos, y en ocasiones a través del esfuerzo colectivo de escuelas y corrientes de pensamiento. En tercer lugar, las doctrinas e ideas económicas más relevantes fueron utilizadas con reiteración para el diseño y ejecución de planes de transformación de la economía española, con mayor o menor éxito según las circunstancias políticas. Por último, y ya en referencia a la época contemporánea, los economistas españoles han cumplido una enorme función social para la construcción de la España actual, integrada definitivamente en la Europa democrática.

La segunda parte de este volumen incluye una serie de colaboraciones diversas de los más destacados maestros de la especialidad. Además de los citados trabajos metodológicos de los profesores Ernest Lluch, José Luis Cardoso y Luis Perdices, se reproducen dos textos clásicos de los pioneros en los estudios

de esta naturaleza, los profesores Lucas Beltrán y Fabián Estapé, en lo que constituye, más allá de su indudable interés específico, un merecido homenaje a quienes abrieron el camino a la floreciente situación actual de la disciplina. Por último, Juan Velarde y Pedro Schwartz han realizado un ensayo original tendente a valorar las aportaciones de los economistas españoles a lo largo de la historia, desde su singular punto de vista.

El segundo tomo de la obra comprende tres secciones independientes, dedicadas al pensamiento de la España musulmana, la Escuela de Salamanca y el mercantilismo de los siglos XVI, XVII y XVIII. En la línea de las investigaciones del profesor Louis Baeck, de la Universidad de Lovaina, cabe defender la existencia de una tradición mediterránea de pensamiento económico, a la que pertenecerían estas corrientes, anterior a la tradición atlántica instaurada por Adam Smith. La tradición mediterránea se iniciaría con las aportaciones de los filósofos griegos Platón y Aristóteles, recuperadas para Occidente merced a la labor de los traductores de las Españas musulmana y cristiana. Sin este enlace no resulta posible concebir la revitalización del pensamiento medieval que san Alberto Magno y santo Tomás de Aquino protagonizaron, y que llegaría a su cumbre con la escolástica tardía de Salamanca. Por último, lejos de configurarse como una tendencia opuesta a la especulación salmantina, ha quedado asentada la enorme deuda intelectual contraída por la literatura mercantilista y arbitrista con las reflexiones económicas de los más destacados representantes de la escuela de Salamanca. Todas estas etapas, en lo que constituye una característica de la tradición mediterránea, compartían una visión integradora de los problemas económicos en una globalidad ética y política superior. De ahí su incapacidad para conferir a la disciplina de una auténtica sustantividad científica, lo que constituiría la gran aportación de la tradición atlántica.

La consideración de Al-Ándalus dentro de una historia del pensamiento económico

español es una de las principales novedades de la obra, pues suele obviarse esta trascendental etapa de nuestro bagaje histórico. Como ha destacado el profesor Fabián Estapé, el protagonismo hispano en el desarrollo de la economía precientífica coincidió con el periodo de hegemonía política y cultural de la península. Esta afirmación ha sido contrastada en el caso del Imperio, pero a menudo se olvida que, siglos atrás, en el suelo español floreció una cultura que por sus logros artísticos, técnicos e intelectuales se encontraba en la vanguardia del mundo civilizado, incluyendo el bárbaro Occidente medieval. El artículo introductorio, elaborado por Antonio García Lizana y María Isabel Calero, presenta un espléndido y sorprendente cuadro de la sociedad urbana de Córdoba, Granada y Sevilla, en las que proliferan los astrónomos, los matemáticos, los arquitectos –recuérdese la Alhambra–, los filósofos y los traductores de textos clásicos. En este contexto de enorme riqueza se elaboraron las aportaciones musulmanas al pensamiento económico, consistentes no sólo en la mencionada traducción de los filósofos griegos, sino en las profundas reflexiones recogidas en los libros-espejo, dirigidos a ilustrar a los gobernantes. La figura que ha merecido un tratamiento diferenciado, a cargo de Fabián Estapé, fue Ibn-Jaldún, nacido en Túnez si bien de origen andalusí. Su *Muqaddima* (Introducción a la historia) ha recibido los mayores elogios como la primera teoría de la historia, al contener un detallado y documentado estudio de las transformaciones sociales. En este marco, su análisis de los factores económicos e institucionales que posibilitaban el desarrollo y la decadencia de las civilizaciones tardó muchos siglos, no sólo en ser superado, sino incluso en ser debidamente comprendido. El rico legado cultural de Al-Andalus tan apenas dejó huella conocida en el suelo patrio tras el declive de la escuela de traductores de Toledo, pero permitió la recuperación del pensamiento científico europeo. Conocida es en esta vertiente la labor de mediación intelectual que el cordo-

bés Averroes ejerció entre la filosofía griega y la escolástica de santo Tomás de Aquino, muestra decisiva de la oportunidad de comenzar el repaso histórico por este periodo semiolvidado.

La segunda sección de este volumen, introducida por Pedro Tedde y Luis Perdices, destaca las aportaciones de la escuela de Salamanca. Como describe Marjorie Grice-Hutchinson, la gran pionera en los estudios sobre la materia, las reflexiones de este nutrido grupo de frailes dominicos y jesuitas del siglo XVI han interesado a economistas extranjeros de la talla de Joseph A. Schumpeter, Raymond de Roover y Pierre Vilar por constituir un apreciable ejercicio de comprensión del funcionamiento del sistema económico. A raíz de estos y otros trabajos, se ha aceptado que la teoría cuantitativa del dinero, atribuida generalmente al francés Bodin, ya había sido formulada de manera clara y coherente por los doctores de Salamanca, al igual que una auténtica teoría subjetiva del valor. A lo largo de todas las colaboraciones, pero en especial en las escritas por los historiadores Angel García Sanz y Antonio-Miguel Bernal, se insiste en las razones objetivas de este protagonismo hispano. La llegada de metales preciosos procedentes de las Indias, así como la intensa actividad mercantil de Sevilla y otras plazas, propiciaron una serie de fenómenos económicos nuevos como la revolución de los precios, según la feliz expresión de Hamilton. Aunque el estudio de la realidad económica no era el fin perseguido por los eclesiásticos españoles, su labor de instruir a los feligreses acerca de las prácticas lícitas e ilícitas en el comercio les llevó a ello, lo que realizaron con singular agudeza. De ahí el sorprendente hecho de que algunos manuales de confesores incluyeran la teoría económica más avanzada de su tiempo.

El pensamiento económico de la escuela fundada por Francisco de Vitoria, más conocido por sus aportaciones al derecho internacional, Martín de Azpilcueta y Domingo de Soto es descrito en sus rasgos fundamentales por

Francisco Gómez Camacho, mientras que el profesor argentino Oreste Popescu hace lo propio para los autores del otro lado del Atlántico. Se echa posiblemente de menos en esta obra un tratamiento específico de algunos de los más distinguidos escolásticos, sólo cubierto en el caso de Tomás de Mercado por el estudio de Nicolás Sánchez-Albornoz. No cabe esta vez alegar las deficiencias de la literatura, pues existen un número aceptable de reediciones recientes acompañadas de excelentes estudios introductorios, como en el caso de Luis de Molina y Melchor de Soria. A pesar de estos avances, sigue faltando la gran obra sobre la escolástica hispana que actualice y supere el tratamiento clásico de Marjorie Grice-Hutchinson, para la que a día de hoy sólo cabe concebir un posible autor: el citado Gómez Camacho, a quien se le debería haber atribuido un mayor protagonismo en esta sección.

La tercera y última sección de este volumen se dedica al mercantilismo español, que abarca entre 1558, fecha del *Memorial a Felipe II* escrito por Luis Ortiz, y 1740, año en que apareció la obra de Bernardo de Ulloa. Dos siglos repletos de una literatura arbitrista que mereció las invectivas de Cervantes en *El Quijote*, pero también de reflexiones profundas acerca de la decadencia del Imperio español. En su introducción, el profesor Martín Rodríguez ha clasificado a los mercantilistas españoles en tres generaciones. En la primera se incluirían Luis Ortiz, cuyo *Memorial* ha sido recientemente reeditado por Ernest Lluch para la prestigiosa editorial alemana *Wirtschaft und Finanzen*, Martín González de Cellorigo, Sancho de Moncada y Martínez de Mata. La segunda generación fue la de Centani, Somoza y Álvarez Osorio, mientras que el esplendor del mercantilismo español llegó con la tercera generación, compuesta por Gerónimo de Uztáriz, cuya obra fue citada reiteradamente por Adam Smith, y el citado Ulloa.

El tratamiento del mercantilismo español en esta sección, que se abre con el trabajo de corte histórico elaborado por el conocido

especialista Antonio Domínguez Ortiz, ha primado el estudio monográfico de los principales autores. Sólo se contienen tres trabajos de carácter temático, acerca de la economía aplicada, el poblacionismo y la Hacienda pública. Sin embargo, todos los grandes autores mercantilistas cuentan con el análisis desarrollado por sus especialistas correspondientes, quizá con la única excepción de González de Cellorigo. Esta elección, si bien ha permitido presentar un cuadro doctrinal bastante completo, ha conllevado algunos inconvenientes. Por un lado, los autores de los trabajos suelen ser las mismas personas que realizaron los estudios introductorios para las reediciones del Instituto de Estudios Fiscales. Aunque este procedimiento asegura la idoneidad de los especialistas, el resultado arroja escasas novedades respecto a lo conocido desde hace alguna década, exceptuando los tratamientos de Luis Ortiz, Uztáriz, y algún otro mercantilista menor. Por otro, y éste es un riesgo común a toda la historiografía, el análisis monográfico de un autor aislado se encuentra habitualmente sesgado en favor del personaje histórico central. No resultaría justo generalizar la crítica a todas las colaboraciones del volumen, pero el lector que saltara de un economista a otro sin lapso de continuidad sospecharía certeramente que se han resaltado en exceso los méritos de cada uno de los escritores, oscureciendo sus deficiencias. La necesaria reivindicación del mercantilismo español exige también un esfuerzo crítico, a través del cual se coloque a los distintos intérpretes en el lugar que le corresponde en la historia intelectual de España. Por ello, el papel que juega en la obra el estudio introductorio de Martín Rodríguez resulta fundamental, como valoración de conjunto en la que se resaltan y enjuician las distintas aportaciones del periodo.

El tercer tomo de la colección se ha beneficiado del excelente momento que atraviesan los estudios económicos sobre la Ilustración. El elevado número de monografías y tesis doctorales aparecidas recientemente

han incrementado el conocimiento del periodo hasta un nivel muy superior al satisfactorio, con repercusiones destacadas en el ámbito internacional de la disciplina. No es de extrañar, por tanto, la adecuada presentación de este volumen, tanto en su estructura como en sus contenidos, sin que ello reste méritos a la labor del profesor Vicent Llobart, autor del estudio introductorio y del álbum que coordinan de forma coherente las distintas colaboraciones.

Cabe plantearse en primer lugar la idoneidad de la periodificación. En la historia general del pensamiento económico, el mercantilismo, la fisiocracia o el pensamiento clásico son categorías relevantes, pero en cambio la Ilustración no ha merecido un tratamiento diferenciado. ¿Se ha seguido entonces un criterio meramente cronológico, o bien se ha configurado de forma artificial una categoría *ad hoc*, exclusivamente válida para la historia española? Ambas interpretaciones resultarían erróneas. En la introducción se argumentan las razones que legitiman irreprochablemente tal proceder. Es conocido que la célebre obra de Adam Smith dio origen a la economía científica, pero no lo es tanto el que también fuera el principal resultado de una de las etapas más innovadoras y fructíferas del pensamiento económico internacional. Hacia mediados del siglo XVIII, Europa experimentó un auge sin precedentes de la literatura económica, así como de su transmisión y conocimiento internacional. Nombres como Hume y Hutcheson en Inglaterra, Bielfeld y von Justi en Alemania, Beccaria y Genovesi en Italia, o Galiani, Necker y los fisiócratas en Francia simbolizan el tránsito desde el paradigma mercantilista hasta la nueva situación clásica, resaltando la función de los mercados como estímulo de la actividad económica. Las obras de estos autores y otros muchos circularon ampliamente por el territorio nacional, inspirando los planes de reforma ilustrados para transformar y modernizar las estructuras económicas y sociales españolas.

La organización interna del volumen combina adecuadamente los diferentes enfo-

ques historiográficos. El artículo de corte histórico corre a cargo de Gonzalo Anes, el actual Presidente de la Academia de la Historia, mientras que las demás colaboraciones entrecruzan el estudio monográfico de los principales ilustrados españoles, la presentación conjunta de alguna materia específica y el análisis de las vías de recepción de determinadas corrientes extranjeras de pensamiento. Entre otros muchos, son considerados Pablo de Olavide, el principal artífice de la repoblación de Sierra Morena, y Cabarrús, a quien se debe el primer precedente cercano del Banco de España. No se han ocultado las diferentes percepciones que coexisten en la historiografía actual en torno a los grandes protagonistas del periodo, para lo que se incluyen varias colaboraciones acerca de Campomanes y Jovellanos. Aunque no se observarán grandes controversias, sí que el lector encontrará el reflejo del pluralismo reinante en la disciplina, por ejemplo en lo relativo al proteccionismo comercial de Jovellanos, que para algunos especialistas es una incoherencia en un modelo económico liberal, mientras que para otros constituye un aspecto esencial de su propuesta de desarrollo agrario. El respeto a las diferentes visiones académicas, que es una característica reiterada en la obra, contribuye a disipar los riesgos de ofrecer una interpretación rígida y monolítica de la evolución del pensamiento económico español, que encorsetara las futuras líneas de investigación historiográfica.

Dentro de las secciones temáticas, llaman especialmente la atención que ha recaído sobre los estudios de carácter regional, que en este caso no suponen una concesión al manido localismo intelectual. Por un lado, demuestran que la Ilustración no significó uniformidad de planteamientos, sino que hubo un elevado esfuerzo por adaptar las doctrinas económicas coetáneas a las peculiaridades de cada uno de los territorios. Por otro, que se configuró una red de institucionalización primitiva de los estudios económicos, a través principalmente de las Sociedades de Amigos del País. No en vano fue iniciativa de una de

ellas, en concreto de la aragonesa, la creación de la primera cátedra para la enseñanza de la economía política. Este hecho significó un gran salto cualitativo para el pensamiento económico español, que ya no sería protagonizado por personajes aislados, sino por grupos dotados de una mayor o menor organización dirigidos a la transmisión y la discusión de los conocimientos y enfoques económicos. Completan el volumen tres contribuciones que presentan las líneas de difusión e influencia del cameralismo alemán, la fisiocracia francesa y las ideas de Necker en España. Al tratarse de corrientes minoritarias, no se percibe redundancia con los estudios monográficos. Más bien al contrario, permiten complementar su exposición, por cuanto constituyen tendencias que tuvieron un apreciable influjo colateral en el tratamiento de algunas materias: el concepto y funciones del Estado, en el caso cameralista; el pensamiento agrario, en la fisiocracia; y el comercio exterior de granos, en el del francés Necker.

Será difícil que en el futuro consiga superarse el excelente nivel alcanzado en este tercer tomo, fundamentalmente por las limitaciones historiográficas en la investigación de los siglos XIX y XX. Puede, no obstante, deducirse del plan de la obra, conocido ya desde el primer volumen, que *Economía y economistas españoles* constituye un magno esfuerzo para recoger y difundir las aportaciones de los economistas a lo largo de la Historia de España. Es, como ha reiterado el profesor Fuentes Quintana en su estudio introductorio, un proyecto colectivo al que han contribuido la práctica totalidad de los especialistas contemporáneos. Pero no por ello debe dejar de reconocerse el mérito de la persona que ha sido capaz de promover, aglutinar y coordinar tal número de esfuerzos aislados para ofrecer, más allá de tendencias y enfoques contrapuestos, una perspectiva única y globalizadora del pensamiento económico español.